



AGENTE DE BIZANCIO

Harry Turtledove

En un mundo sin islamismo, en el que Constantinopla nunca cayó, el Imperio Bizantino no sólo ha sobrevivido sino que florece de manera excepcional, desarrollando la tecnología en fechas muy anteriores a como ocurriera en nuestro universo. Su poder e influencia se dejan sentir en todo el mundo. Pero no por ello el gran imperio deja de tener enemigos: los persas, los bárbaros y todos aquellos celosos de su gloria y poder, que desean derrocarlo y, en definitiva, emularlo.

Para defenderse de esa eventualidad, el emperador dispone de sus «magistranoi», los agentes especiales, como Basilios Argyros, casi un «agente 007» *avant la lettre*, quien, con inteligencia y tesón, asistirá al nacimiento de gran parte de las novedades que, como el catalejo, las vacunas, la huelga, la pólvora, la imprenta o la prensa, han de cambiar de nuevo el futuro en esa historia alternativa que, por esencialmente humana, se parece tanto a la nuestra.

Capítulo 1

Etos Kosmou 6814

El paisaje estepario que se extendía al norte del Danubio hacía a Basilio Argyros pensar en el mar. Se prolongaba extenso, verde y ondulado hacia el este, como si fuera interminable, hasta las tierras de Serinda donde, casi ochocientos años atrás, el emperador romano Justiniano había robado el secreto de la seda.

La estepa tenía además otro punto en común con el mar: representaba una inmejorable vía de entrada para los invasores. A lo largo de los siglos, sucesivas hordas de nómadas se habían lanzado contra las fronteras del Imperio romano: los hunos y los avaros, los búlgaros y los magiares, los pechenegos, los cumanos y ahora los jurchen. En ocasiones, las defensas fronterizas no eran capaces de resistir la embestida y eran arrasadas por los bárbaros que llegaron incluso a estar a punto de irrumpir en Constantinopla, la capital imperial.

Haciendo un deliberado esfuerzo de determinación, Argyros regresó de la detallada metáfora náutica por la que se había dejado arrastrar y que, junto al vaivén del caballo que le transportaba, amenazaba con conseguir que el comandante de exploradores se mareara.

Volviéndose hacia su compañero, un jovencito rubio de Tesalónica llamado Demetrios en honor del santo patrón de su ciudad, dijo:

—Por ahora no tenemos nada. Cabalguemos un poco más allá.

—Sólo porque usted lo ordena, señor —replicó Demetrios con una mueca—. No creo que esos diablos sigan estando por aquí. ¿Por qué no regresamos ya al campamento? No me importaría echar mano de un buen pellejo de vino.

Demetrios reunía tres de las cuatro características señaladas por el autor militar Mauricio de Saxe para un buen explorador: era bien parecido, estaba sano y era listo. En lo que no destacaba era en mantenerse sobrio.

Por su parte, Argyros no pasaba la primera parte del examen de Mauricio. Para empezar, las cejas se extendían por su frente formando una única barra negra y espesa y, por nombrar otro detalle, tenía una expresión en los ojos de pesadumbre extrema: eran los ojos del santo en trance de un icono, o los de un hombre que ha visto demasiadas cosas, demasiado pronto. Y, sin embargo, no había aún abandonado la veintena: era apenas un poco mayor que Demetrios.

—Continuaremos adelante media milla más —dijo—. Luego, si seguimos sin encontrar nada, consideraremos terminada nuestra misión y daremos media vuelta.

—Sí, señor —respondió Demetrios con resignación.

Siguieron cabalgando con los largos tallos de hierba acariciándoles los tobillos e incluso llegando a veces a cosquillar la panza de sus caballos. Argyros se sentía desnudo con su túnica larga de pelo de cabra. Deseaba no haber tenido que dejar atrás su cota de malla, pues los jurchen eran unos excelentes arqueros. Pero el tintineo de las anillas podría haberle delatado y, en cualquier caso, el peso de todo aquel metal hubiera ralentizado su marcha.

Atravesó un pequeño riachuelo junto a Demetrios. Había huellas de cascos en el barro de la orilla opuesta y no se trataba del tipo de huellas que dejan los caballos roma-

nos herrados, sino de las huellas de los ponis sin herrar de las estepas.

—Parece que una media docena de ellos haya estado aquí —dijo Demetrios girando la cabeza en torno suyo como si esperara que todos los jurchen de la creación surgieran de detrás de la maleza y se precipitaran sobre su persona.

—Es probable que se trate de su partida de exploradores —sopesó Argyros—. El grueso del grupo no puede estar muy lejos.

—Regresemos —dijo Demetrios presa del nerviosismo al tiempo que sacaba su arco del estuche y alzaba una mano sobre el hombro contrario para sacar una flecha que colocar en la cuerda.

—Esta vez no voy a discutir contigo —dijo Argyros—. Ya hemos encontrado lo que veníamos buscando.

Los dos exploradores romanos espolearon sus monturas y regresaron al galope por donde habían venido.

El *hypostrategos* o lugarteniente general del ejército era un hombrecillo de rasgos cetrinos que respondía al nombre de Andreas Hermoniakos. Respondió al informe de Argyros con un gruñido. Parecía amargado y la verdad era que lo estaba: unos terribles dolores de estómago lo atormentaban.

—Muy bien —dijo tan pronto como el comandante de exploradores hubo terminado su relato—. Una buena derrota les enseñará a esos ladrones de gallinas a permanecer en su orilla del río. Retírese.

Argyros se despidió con el saludo militar antes de abandonar la tienda del lugarteniente general. Unos minutos después, el bramido de las trompetas llamaba a los soldados a formar. Con la misma precisión que si se tratara de unos ejercicios, los hombres vistieron sus cotas de malla y sus cascos emplumados, blandieron arcos y lanzas, espadas y dagas y ocuparon sus puestos para que su general les di-

rigiera unas palabras y rezar juntos antes de entrar en combate.

Como sucedía con tantos otros soldados del ejército romano, y especialmente con los oficiales, por las venas de loannes Tekmanios corría sangre armenia, aunque hablaba el griego con tintes latinos propio del ejército sin rastro de acento del este. Su amplia experiencia le decía cuál era el tono adecuado para dirigirse a la tropa:

—Bien, muchachos —dijo—. Ya hemos vencido a esos indeseables en nuestro lado del Danubio. Ahora tan sólo nos queda rematar la faena aquí y darles una lección que tardarán mucho tiempo en olvidar. Y estoy seguro de que podemos hacerlo... ¡tan seguro como de que tengo pelos en la barba! —Los rizos de sus magníficas patillas le llegaban hasta la mitad del pecho, cubriendo su brillante cota de malla y el comentario arrancó carcajadas y vítores—. El emperador cuenta con nosotros para que expulsemos a esos malditos bárbaros de nuestras fronteras, y una vez lo hayamos conseguido, estoy bien seguro de que obtendremos la merecida recompensa; Nikephoros, que Dios lo bendiga, no es en absoluto mezquino. Como sabéis, proviene de las filas y sabe perfectamente cómo es la vida de un soldado. —Una vez aclarado esto, Tekmanios pasó al siguiente punto—. Una vez derrotado el enemigo, recibiréis lo que os corresponde, así que no os entretengáis en desvalijar los cadáveres de los jurchen ni en saquear su campamento. Podrían mataros a vosotros y a vuestros compañeros mientras os gastáis ese dinero extra. —Una vez más, obtuvo la carcajada que deseaba para aliviar las tensiones—. Recordad: pelead duro y seguid las órdenes de vuestros oficiales. Ahora uníos a mí en una oración para que Dios nos proteja en este día.

Un sacerdote vestido de negro y con el pelo recogido hacia atrás en un moño se unió al general en la tribuna de campaña. Se santiguó y tanto Tekmanios como el resto del ejército imitaron su gesto.

—*Kyrie eleison* —gritó el sacerdote.

—¡Señor, ten piedad! —corearon los soldados haciéndose eco de sus palabras.

Repitieron la oración una y otra vez y luego, naturalmente, el himno del Trisagion —la Santísima Trinidad— que entonaban todas las mañanas al levantarse y al anochecer, después de la cena: «¡Santo Dios, Santo Poderoso, Santo Inmortal, ten piedad de nosotros!».

El Trisagion solía ir seguido del grito latino ¡*Nobiscum Deus!* —Dios esté con nosotros—, pero al sacerdote de Tekmanios no le faltaba imaginación y en lugar de dar por terminado el servicio de manera tan abrupta, entonó y cantó con los soldados un himno compuesto por el gran autor de poesía religiosa san Mahoma: «No hay más Dios que el Señor y Jesucristo es su hijo». Argyros cantaba con los demás; san Mahoma era uno de sus favoritos y, después de Pablo, probablemente el más celoso converso que había conocido la Iglesia. Nació pagano en una aldea árabe del desierto, abrazó el cristianismo durante un viaje de negocios en Siria y jamás regresó a su hogar. Dedicó su vida a Cristo y compuso innumerables y fervorosos himnos escalando rápidamente en la jerarquía eclesiástica. Acabó sus días como arzobispo de Cartago Nova en la lejana Hispania y fue canonizado poco después de su muerte. No resulta sorprendente que fuera venerado como el santo patrón de los cambios.

Una vez finalizado el servicio, el ejército formó colocándose cada una de las tres divisiones tras los enormes y brillantes estandartes de sus mariscales. Los moirarcas o capitanes de regimiento portaban banderas de menor tamaño, mientras que los estandartes de las compañías o *tagmata* eran simples serpentinas. El tamaño de las *tagmata* era variable, pudiendo estar compuestas por doscientos hombres o hasta por cuatrocientos, de esta forma se evitaba que el enemigo pudiera realizar una estimación certera del tamaño del ejército por el mero procedimiento de contar los es-

tandartes. Una pequeña fuerza de reserva permanecía en la retaguardia para proteger el campamento y la caravana de los pertrechos.

Los caballos levantaban terrones del suelo con sus cascos y una densa nube de polvo. Argyros se alegraba de ser explorador y mantenerse alejado de aquella polvareda asfixiante; los hombres situados en segunda línea de combate a duras penas podrían respirar trascurrida una hora de marcha.

Los exploradores se adelantaron en busca de la columna de polvo que traicionaría al ejército jurchen tal y como la suya les descubriría a ellos a ojos de sus enemigos. Argyros masticó un puñado de cebada hervida y engulló una tira de ternera seca y dura. Tomó un trago de agua de su cantimplora y por la forma en que Demetrios sonrió y chasqueó los labios cuando bebió a su vez, Argyros sospechó que llevaba la cantimplora llena de vino. Frunció el ceño. La batalla era un asunto demasiado importante para afrontarla borracho.

Pero para ser justos hay que decir que el vino no mermaba la capacidad de Demetrios de estar alerta y que fue el primero en divisar el borrón de color marrón grisáceo que se perfilaba en el cielo al noreste:

—¡Por ahí! —gritó, y cuando varios de sus compañeros estuvieron seguros de haberlo visto, uno de los exploradores regresó para transmitir la noticia a Tekmanios.

El resto de la partida siguió avanzando para echar un vistazo más de cerca a los jurchen. Todas las tribus nómadas demostraban una gran maestría a la hora de dispersar sus tropas para hacerlas parecer más numerosas de lo que eran en realidad. Como eran dados al desorden, no combatían por divisiones y regimientos como lo hacían los pueblos civilizados, como los romanos o los persas, sino que se agrupaban por tribus o por clanes y formaban las líneas de batalla en el último momento. También solían tender em-

boscadas, lo que hacía que la labor de exploración minuciosa revistiera una importancia aún mayor.

El terreno presentaba una suave pendiente ascendente. Argyros entornó los ojos para forzar su visión al máximo y divisó a un grupo de hombres de la estepa que se hallaban en lo alto de un pequeño promontorio: sin duda se trataba de los homólogos de los exploradores romanos.

—Obliguémosles a abandonar su posición —dijo—. Esa elevación del terreno nos permitirá divisar a su ejército, en lugar de que sean ellos quienes puedan vernos a nosotros.

Los exploradores espolearon a sus caballos para avanzar al trote mientras iban colocando una flecha en el arco. Los jurchen se percataron de su avance y unos cuantos se adelantaron para defender su posición mientras otros permanecieron detrás con la idea de seguir observando al ejército romano.

Los nómadas montaban unos caballos de menor tamaño que los de sus adversarios. La mayoría se protegía con una armadura de cuero curtido en lugar de la pesada cota de malla típica de los romanos. Portaban sables sujetos a sus costados, pero confiaban más en sus arcos reforzados con cuerno.

Uno de los jurchen se incorporó sobre los estribos, que eran cortos, al estilo de los hombres de la llanura, y disparó hacia los exploradores romanos. La flecha resultó no tener suficiente impulso y se perdió entre los altos tallos de hierba de la estepa.

—¡Esperad! —gritó Argyros a sus hombres—. Sus arcos tienen mayor alcance que los nuestros, así que no hay forma de que podamos darles desde esta distancia.

—¡Yo soy mucho más fuerte que cualquiera de esos jodidos y enclenques jurchen! —gritó Demetrios a su vez al tiempo que disparaba. Pero no consiguió más que desperdiciar una flecha.

Uno de los caballos emitió un sonoro quejido al recibir un impacto en el costado. La bestia se encabritó y echó a

correr alejando a su jinete del escenario del enfrentamiento. Un momento más tarde, uno de los jurchen se llevaba las manos a la garganta y caía de su montura. Los romanos celebraron con vítores tan certero disparo.

Una flecha pasó casi rozando la oreja de Argyros, dejándole la sensación de un malicioso zumbido de avispa. Oyó a alguien cercano a él quejarse, pero la inspirada retahila de maldiciones que siguió le dejó claro que no se trataba de una herida grave. Se concentró en disparar lo más rápidamente posible, al igual que el resto del grupo. Un carcaj con cuarenta flechas resultaba una pesada carga, pero en el combate se vaciaba a una velocidad pasmosa.

Los jurchen también plagaron el cielo de silbantes mensajeras de la muerte. Hombres y caballos cayeron en ambos bandos. Los romanos se acercaron, confiando en la ventaja que les conferirían sus monturas y su protección en un combate cuerpo a cuerpo. Argyros esperaba ver a los hombres de la estepa rendirse y salir huyendo como una bolita de mercurio aplastada por un dedo. Sin embargo, lo que hicieron fue blandir sus sables y cerrar filas para proteger al pequeño grupo que permanecía en la cima del promontorio.

Uno de aquellos nómadas, un hombre anciano con el cabello casi totalmente blanco, tenía un tubo largo y lo sujetaba contra su cara por un extremo, mientras tenía el otro dirigido hacia el lugar donde se encontraba el grueso del ejército romano. Argyros se hubiera santiguado de no ser porque tenía la mano derecha ocupada con la espada. Parecía como si algún brujo jurchen hubiese inventado un artificio mágico para proyectar el mal de ojo.

A partir de ese momento no pudo perder de vista al brujo, si es que era de eso de lo que se trataba. Un nómada vestido con un abrigo de piel de cabra forrado en piel de zorro se lanzó contra él tratando de herirle con su espada. Lo rechazó con un golpe desmañado y el tipo emprendió la huida. Ante tan pronta retirada, le dedicó una sonrisa de oreja a oreja que desveló una blanca dentadura en me-

dio de su rostro curtido por el sol que aún lucía más oscuro a causa del polvo y de la grasa.

Estarían alrededor de un minuto intercambiando golpes sin que ninguno de los dos fuera capaz de herir al otro. Entonces fue cuando Argyros pudo ver por el rabillo del ojo cómo se acercaba por la colina una enorme lanza ornada con siete rabos de buey: el estandarte del ejército jurchen.

—¡Retirada! —gritó a los miembros de su patrulla de exploradores—. ¡Vámonos de aquí antes de que se nos echen encima!

A diferencia de los francosajones del norte de la Galia y de la Germania, los romanos no iban a la guerra en búsqueda de la gloria, por lo que no sentían la más mínima vergüenza por retirarse ante una fuerza superior. Sus oponentes, que habían resistido una fuerte presión, se alegraron bastante de verlos ceder.

Argyros echó un vistazo a su alrededor para asegurarse de que todos los supervivientes habían logrado huir.

—¡Demetrios, chiflado, vuelve aquí! —El explorador de Tesalónica había logrado romper la línea defensiva de los jurchen y, tal vez arrullado por la sensación de omnipotencia que da el alcohol, se disponía a cargar él sólo contra el pequeño grupo de nómadas entre los que se encontraba el hombre del tubo.

Pero en pago de su insensatez recibió lo que cabía esperar: no logró acercarse a menos de cincuenta yardas de los jurchen pues sus flechas acabaron rápidamente con él y con su montura.

No había nada que Argyros pudiera hacer por vengar su muerte, desde luego no con el ejército jurchen al completo avanzando a buen paso hacia ellos. Dirigió a sus exploradores hacia otro pequeño promontorio en el que, no obstante, la perspectiva de lo que sería el campo de batalla no era tan buena como la que tenían los jurchen desde su posición. Envío a uno de sus hombres a informar a Tekmanios de la situación y a otro a por más flechas, con la esperanza

de que regresara antes de que aumentara el interés de los hombres de la estepa por su pequeño grupo.

Siempre que tenía oportunidad, echaba un ojo al grupito de exploradores jurchen que ahora podía encontrarse a una milla de distancia. Una sucesión constante de jinetes iba de un lado a otro, pero por más que forzara la vista, no podía distinguir al hombre del tubo. Frunció el ceño. Jamás había visto algo así en el pasado y eso lo convertía automáticamente en un objeto sospechoso.

Los exploradores estallaron en vítores; Argyros giró la cabeza y vio cómo se acercaba el ejército romano. Si se observaba desde el lateral, como lo hacían ellos, estaba claro cuál era la estrategia de Tekmanios. Tenía un grupo de *tagmata* que avanzaban por el flanco derecho ligeramente en la vanguardia de las demás, de manera que ocultaban al grueso de las fuerzas tras ellas, que rodearían a los jurchen una vez que ambos ejércitos estuvieran enzarzados en la batalla. Desde la perspectiva de los nómadas, los flanqueadores deberían haber sido invisibles.

Pero no lo eran. Aunque no maniobraban con la pulcritud propia de la caballería romana, los jurchen desviaron con gran rapidez su caballería hacia el flanco izquierdo de su formación.

—¡Han descubierto nuestra estrategia! —exclamó Argyros, consternado—. ¡Gregorios, parte de inmediato a informar a Tekmanios, tan rápido como pueda galopar tu caballo!

El explorador partió a toda velocidad, pero la batalla dio comienzo antes de que pudiera llegar a donde estaba el general. Los flanqueadores romanos no llegaron a poder desplegarse, sufrieron un ataque tan virulento que tanto ellos como una parte de las tropas de segunda línea tuvieron que darlo todo de sí para evitar ser flanqueados por los jurchen.

Si se podía decir algo de Tekmanios es que era un hombre de recursos, así que decidió hacer avanzar al extremo

del flanco izquierdo para intentar interceptar al extremo derecho de los jurchen. Pero el khan de los jurchen parecía estar leyéndole la mente y la intentona fue abortada apenas dio comienzo. No se trataba de que las fuerzas de los jurchen fueran superiores en número, que no lo eran. Lo que sucedía es que daba la impresión de que percibían cada uno de sus movimientos tan pronto como Tekmanios daba la orden de realizarlo.

El explorador regresó cargado de flechas.

—¡Cómo me alegro de haber llegado! —dijo mientras empezaba a repartir a diestro y siniestro los haces que iba sacando de las albardas de su montura—. ¡Parece que hoy están jodidamente espabilados!

Una llamada de trompeta se impuso sobre el estruendo de la batalla: era la orden de retirada. Abandonar siempre era arriesgado, pues con gran facilidad la operación llevaba al pánico y a la derrota. Una retirada frente a los nómadas resultaba doblemente peligrosa pues a los hombres de las llanuras, a diferencia de los romanos y de los persas, siendo más ágiles que sus enemigos, les gustaba presionarles en la huida al máximo con la esperanza de desunir a su ejército oponente.

Pero aunque hubiera resultado vencido, Tekmanios conocía bien su oficio. Durante una retirada resultaba menos relevante que los jurchen tuvieran la capacidad de anticipar sus movimientos, puesto que éstos eran obvios en cualquier caso. Su único objetivo consistía en mantener a sus tropas dentro de un cierto orden mientras alcanzaban el campamento. Y los soldados, por su parte, puesto que reconocían que su única oportunidad pasaba por permanecer unidos, obedecían sus órdenes más al pie de la letra de lo que lo hubieran hecho en caso de haber vencido.

Como los jurchen habían quedado entre ellos y su ejército, los exploradores romanos tuvieron que dar un amplio rodeo para evitar el campo de batalla. Argyros, lejos de los paisajes que le resultaban familiares, tuvo que guiar-

se por el sol. Le sorprendió lo bajo que estaba ya en el horizonte, por el oeste. Por fin identificó una hilera de sauces situada a lo largo de la orilla del río, que era también visible desde el campamento.

—Río arriba —dijo señalando la dirección con el dedo.

Los exploradores resultaron ser los primeros soldados en regresar al campamento, lo que no resulta sorprendente teniendo en cuenta que no habían tenido que abrirse camino luchando. Los hombres de la *tagma* que había quedado vigilando la caravana de los pertrechos se agruparon en torno a ellos y empezaron a torpedearles a preguntas ansiosas. Lanzaron gritos de alarma tan pronto como Argyros y sus compañeros les trasladaron las malas noticias. A continuación, tal y como habían sido entrenados, ataron los bueyes a las carretas y colocaron las vagonetas en sus puestos, tras las zanjas del campamento, de manera que sirvieran de barricada contra las flechas.

Estas faenas, en las que los exploradores colaboraron, no estaban aún concluidas cuando el ejército romano se acercó, aún hostigado por los jurchen. Varios bueyes recibieron el impacto de las flechas y tuvieron que ser sacrificados a hachazos a fin de evitar que sus bandazos dañaran las carretas a las que estaban uncidos.

Por los cuatros huecos de la zanja fueron entrando, una tras otra, las *tagmata* que componían la caballería. Las compañías que habían permanecido en retaguardia conteniendo a los nómadas mientras sus camaradas alcanzaban la seguridad del campamento esparcieron abrojos tras ellos para disuadirles de que los persiguieran hasta la entrada. Y finalmente, entraron ellos también, justo cuando el sol se ponía por completo.

Aquella noche y las tres noches siguientes fueron las peores que Argyros hubiera pasado jamás. Los lamentos de los heridos y los gritos y aullidos de los jurchen hacían del dormir una misión imposible y además, hasta el amanecer

no paraban de caer lluvias intermitentes de flechas erráticas lanzadas al azar.

Tan pronto como salía el sol, los nómadas hacían la primera intentona de tomar la posición romana, pero eran repelidos por los arqueros y se veían obligados a retirarse, de manera que se colocaron fuera del alcance de las flechas y se dispusieron a sitiar el campamento.

Andreas Hermoniakos se dedicaba a elevar la moral de los romanos. Iba de una *tagma* a otra diciendo:

—Les deseo buena suerte, nosotros estamos acampados junto al río y tenemos provisiones para una semana en las carretas; sin embargo, ellos ¿qué van a comer?

Se trataba de una pregunta retórica, pero alguien gritó:

—¡Piojos!

La fama de sucios de los nómadas les precedía por doquier.

—Ni siquiera los jurchen tienen suficientes parásitos para alimentarse durante más de un par de días —replicó el lugarteniente general con una risita siniestra—, acabarán por tener que volver junto a sus rebaños.

Y así resultó ser, aunque los nómadas resultaron ser capaces de aguantar un día más de lo que había vaticinado Hermoniakos.

Una vez que las partidas de exploradores hubieron confirmado que la retirada de sus enemigos era un hecho, Tekmanios convocó una reunión de oficiales en su tienda para discutir cuál debería ser el siguiente movimiento a realizar.

—Nada podría irritarme más que la idea de regresar al Danubio con el rabo entre las piernas —expuso—, pero me da la impresión de que los jurchen, ¡que san Andreas, patrón de Constantinopla, los cubra de carbunco!, podrían haber estado de pie con las orejas junto a mi boca según iba dictando las órdenes. Una batalla más como ésta y no nos quedará ejército ninguno que llevar de vuelta a casa.

—No tendrían que haber adivinado nuestros planes con tanta facilidad —masculló Constantinos Doukas. Había ca-